

CAMINO ESCOLAR. ACERAS, CRUCES, COMERCIANTES Y CONFIANZA

Marta Román Rivas

Agosto 2011

Marta Román Rivas

Geógrafa. Gea21 - Grupo de Estudios y Alternativas S.L (www.gea21.com,
mroman@gea21.com)

Queda autorizada la reproducción de este artículo, siempre que se cite la fuente, quedando excluida la realización de obras derivadas de él y la explotación comercial de cualquier tipo. El CENEAM no se responsabiliza del uso que pueda hacerse en contra de los derechos de autor protegidos por la ley.

El Boletín Carpeta Informativa del CENEAM, en el que se incluye este artículo, se encuentra bajo una Licencia [Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0](#)

SARA Y LUIS CAMINAN POR SU CUENTA

Sara y Luis son vecinos, tienen nueve años, van al mismo colegio y participan en un proyecto de "Camino Escolar". Desde mediados de curso van solos a la escuela, mejor dicho, van sin sus madres o padres, ya que en su camino van encontrando a niñas, niños y a otros adultos que alimentan la riada que desemboca cada mañana a las puertas del colegio.



Sara y Luis son todavía una excepción, pertenecen al escaso 30% de niñas y niños que en España van caminando por su cuenta al colegio¹. En su barrio se han producido algunos cambios para que ellos puedan realizar toda una serie de gestos aparentemente sencillos, pero que hoy en día resultan poco habituales entre los ciudadanos más pequeños, como abrir la puerta de casa, despedir a los padres, bajar las escaleras corriendo y caminar por las aceras sin ir de la mano de un adulto.

Voy a pedirles a Sara y a Luis que me presten su historia para reflexionar sobre movilidad y autonomía infantil y, concretamente, sobre los proyectos de camino escolar. Me gustaría contar aquello que es visible, pero también todo lo que se esconde bajo los pasos de estos niños. Indagar en la montaña de ilusión, esfuerzo, ideas, acciones y personas que han conseguido sustentar su caminar tranquilo y confiado por el barrio.

Los proyectos de camino escolar son iniciativas destinadas a favorecer que niñas y niños, como Sara o Luis, puedan realizar con facilidad y seguridad sus desplazamientos habituales, comenzando por el trayecto que recorren a diario de casa al colegio². Hasta hace pocas décadas, caminar y jugar libremente por las calles era algo habitual para la infancia. Es más, la mayor parte de madres y padres que custodian hoy en día a sus hijos, iban por su cuenta cuando eran pequeños.

¿CÓMO SE HA HECHO TAN COMPLICADO ALGO QUE HASTA HACE POCAS DÉCADAS ERA NATURAL Y SENCILLO?

Inicialmente, cuando se pregunta a madres y padres por qué no dejan ir solos a sus hijos al colegio, muchos señalan al tráfico motorizado como el principal obstáculo: demasiados coches; demasiada velocidad; demasiados cruces peligrosos; demasiadas desconexiones o fracturas en los itinerarios; demasiado incumplimiento de las normas por parte de los conductores. La calle se percibe como un lugar peligroso para los niños, a quienes se considera incapaces de lidiar con el tráfico motorizado.

Otro de los motivos, a veces no tan explícito, es el peligro social; el temor a que alguna persona desconocida pueda causarles algún tipo de daño. A pesar de los bajos índices de conflictos sufridos por menores en nuestras calles, se ha instalado en el imaginario colectivo un alto nivel de alarma. Los medios de comunicación han contribuido a generar este estado de ansiedad colectiva, ya que cualquier suceso que pueda afectar a un menor es repetido una y mil veces, adquiriendo una resonancia y un eco que dura incluso años.

El peligro del tráfico y la desconfianza social no son mundos aparte. De alguna forma, el malestar urbano se va instalando allí donde el control social se va perdiendo y la apuesta masiva por la movilidad motorizada ha contribuido activamente a vaciar las calles de vida y a debilitar el uso social del espacio público. El miedo se va así larvando en una sociedad que presta más oídos y atención a la pantalla del televisor, antes que a lo que sucede bajo la ventana de casa.

¹Alonso, Francisco; Esteban, Cristina; Calatayud, Constanza; Alamar, Beatriz (2009): Los niños, las ciudades y la seguridad vial: una visión a partir de la investigación. Colección: Cuadernos de Reflexión Attitudes. En los resultados de la encuesta realizada en esta investigación, se concluía que el 70% de los escolares españoles no iba nunca solo al colegio.

² Para más información sobre camino escolar, ver la publicación de la misma autora "Guía Camino Escolar. Pasos hacia la autonomía infantil" (2010) disponible en la página web del Ministerio de Fomento: http://www.fomento.gob.es/MFOM/LANG_CASTELLANO/ESPECIALES/CAMINO_ESCOLAR/



A este proceso de desconexión con la realidad inmediata, se suma el abandono o menosprecio de lo colectivo, frente a las soluciones individuales o privadas. El automóvil vuelve a ser un buen exponente de este triunfo de la privatización frente al bienestar común. El espacio público, dominado por la movilidad y las prisas, va perdiendo así su propia esencia de espacio colectivo, dado que una gran parte de la ciudadanía no puede disfrutarlo de forma libre y autónoma. Niñas y niños, personas con discapacidad o muchas personas mayores se han quedado “fuera de juego” en nuestras ciudades.

DE NIÑOS “PRIVATIZADOS” A INFANCIA COLECTIVA

Y es seguramente aquí, en la pérdida del sentido de lo colectivo, donde se ha generado el gran agujero por donde se nos ha escapado la autonomía infantil. Hemos vivido con el espejismo de que podíamos resolver la crianza de forma individualizada, basándonos mayoritariamente en el esfuerzo y en la voluntad de las familias, pero la realidad nos muestra que hay cuestiones que sólo se conjugan en plural. Efectivamente, algunos han podido suplir a base de clases extraescolares el ejercicio físico que antes propiciaba el juego libre en las calles; muchos organizan encuentros con otras familias para suplir a las compañeras y compañeros de juego que ya no aportan las aceras; pero nadie puede suplir o comprar un clima social que favorezca que ellas y ellos puedan moverse libremente y con seguridad por la ciudad. Y por eso les hemos encerrado en casa.



La maternidad se ha hecho así mucho más solitaria, más intensiva y más exigente, dado que ya no hay un entorno que apoye, colabore o contribuya en las tareas de cuidado. Ahora, hay que suplir con esfuerzo, energía y/o dinero todo lo que antes proporcionaba el entorno social. Por eso, recuperar la ciudad para la infancia es un asunto que no depende sólo del ancho de calles, del estado de las aceras, o del tiempo de los semáforos, aspectos todos ellos importantísimos, sino también de la capacidad de retejer las redes sociales y vecinales.

Para ello, hay que situar a la infancia dentro de las competencias y cometidos que debe asumir cualquier ciudadano o ciudadana. Considerar que no hace falta que los niños sean conocidos para ayudarles si lo precisan o que no hay que ser un familiar directo para velar por el bienestar de los pequeños que pasean o juegan por una calle.

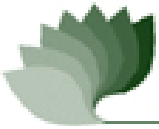
CAMBIOS EN EL ESPACIO FÍSICO Y CAMBIOS EN EL ENTORNO SOCIAL

Para que podamos ver a Sara o a Luis moviéndose libremente por las calles de su barrio, se han dado cambios visibles y algunos que no lo son tanto. Es palpable que se han ampliado algunas aceras, se han mejorado los cruces y se ha incrementado el tiempo en verde de los semáforos para el paso de peatones. Pero también hay un entorno social que empieza a asumir como un beneficio colectivo que estas niñas y niños en etapa escolar se muevan libremente por sus calles.

Para propiciar el cambio, el proyecto de Camino escolar contribuye a retejer las redes del barrio poniendo en contacto y bajo un mismo fin a gente diversa. Además de personas de la administración local y del propio centro educativo, incluida el AMPA, hay otras asociaciones: vecinales o sociales que es interesante que estén vinculadas al proyecto.

En esta tarea de “reconquistar” la calle, uno de los principales aliados es el comercio de barrio. Hay muchos proyectos que llegan a acuerdos con los comerciantes y ponen pegatinas en los escaparates para indicar la presencia de “comercios amigos”. Estos establecimientos se comprometen a ayudar a los menores en caso de necesidad: proporcionar un teléfono, permitir que utilicen los servicios o dar un vaso de agua, por ejemplo.

De nuevo, los gestos sencillos y aparentemente poco importantes se convierten en el centro y en la clave del proyecto. No es tanto que un comerciante puntualmente deje usar su teléfono o baño, muchos comentan que lo harían espontáneamente sin la cobertura de un proyecto, sino que la cuestión es que se empiecen a dar señales de que hay ojos vigilantes y oídos atentos que velan por el bienestar de la infancia en las aceras. El gran gesto es que personas que no son parientes directos de los menores, ni profesionales especializados en esta tarea, asuman un compromiso de cuidado.



El proyecto incide de esta manera en los modelos de maternidad y paternidad y cuestiona la sobreprotección como el modelo deseable. Las madres y padres de Sara y Luis acudieron a encuentros en el colegio donde empezaron a ver que la sobreprotección, paradójicamente, genera vulnerabilidad. Niños y niñas que no saben orientarse, que no conocen su espacio, que no tienen referencias adultas más allá de la propia familia, que siempre se relacionan con otros bajo la intermediación de los mayores, son más dependientes, no aprenden a resolver pequeños conflictos o situaciones nuevas y, por lo tanto, serán más frágiles y vulnerables cuando tengan que volar solos.

AUTONOMÍA Y SEGURIDAD: LA SUMA DE CONFIANZAS

Los proyectos de camino escolar son un buen sustrato para cultivar confianza, una de las claves de la seguridad, la autonomía personal y el bienestar colectivo. Por un lado, supone confiar más en los menores, en sus capacidades para asumir responsabilidades sobre su propio cuidado, muchas veces subestimadas. Por otro lado, el conjunto social empieza a dar señales para que padres y madres puedan confiar también “en los desconocidos”, en un entorno social que vela por el bienestar de sus hijos.

El objetivo de estas acciones es que colectivamente se empiece a asumir que los niños y niñas que caminan solos no están descuidados o mal atendidos por sus padres o madres, no pertenecen a familias desestructuradas o con problemas, sino que están ejerciendo un derecho que resulta enormemente beneficioso para su propio crecimiento y que revierte positivamente en el conjunto de la sociedad.



Sara, Luis, Pedro, Juan, María y muchos otros niños y niñas caminan por las aceras. En el barrio se ha empezado a considerar habitual verles hablando, corriendo, caminando, jugando y dando vida a las calles. Muchos han comprendido que para luchar contra el sedentarismo y la obesidad infantil este recorrido diario es una de las fórmulas más baratas y sencillas de conseguirlo. Muchos saben que para la socialización de los menores y para favorecer su sentido de pertenencia, el uso y apropiación del espacio público es la mejor vía.

Lo que muchos no saben es que los beneficios revierten en toda la comunidad y que su simple presencia, estos pasos a veces cortos, a veces rápidos, a veces detenidos y otras saltarines, mejoran el clima urbano. Pocos saben reconocer que Sara, Luis, Pedro, Juan y María contribuyen a hacer las calles más amables y seguras. Por eso, el proyecto de camino escolar no debe ser visto como una concesión que los adultos hacen a los menores, sino como una contribución activa de la infancia al bienestar general, ya que la ciudad, para poder ser un espacio habitable y de convivencia, necesita que ellas y ellos caminen libres.